

A portrait of Genaro Mejía, a middle-aged man with grey hair and glasses, wearing a light blue and white checkered short-sleeved shirt. He is standing outdoors with palm trees in the background. His arms are crossed.

El penúltimo de “los Goyitos”

Pequeño, conversador, Genaro Mejía es testigo y protagonista de 43 años de la historia de la UCA. Jesuitas, terremoto, la guerra y el amor forman parte de sus anécdotas

Por Octavio Enríquez*

Con frecuencia, no pocos días de la semana, Genaro Mejía Olivares se bebe un café en la Universidad Centroamericana (UCA). Desciende hasta la bodega central conocida como el sótano, después de recorrer una laberíntica escalera. Llega siempre con una sonrisa.

Mejía Olivares, de 60 años, trabajó durante 43 años en la universidad y desde hace tres meses es un

jubilado. La oficina no dice mucho. Una mesa, dos computadoras, pero a él le consta que ahí se almacena papelería, material de computación y habla del trabajo profesional realizado por todas las personas del entorno.

Testigo y protagonista de la historia de esta casa de estudios, la vida de Mejía ha estado marcada por los jesuitas, el terremoto, huracanes, la guerra y también el amor. Ahí llegó

cuando tenía 17 años para suplir a uno de sus hermanos en el área de limpieza, porque le habían ofrecido otro trabajo y aquel tenía miedo de no quedar y necesitaba que alguien le hiciera algunos días. Era 1971 y comenzaba a dar sus primeros pasos en una alma mater, en la que con el paso del tiempo, trabajarían seis de sus hermanos.

Genaro es parte de un grupo de trabajadores de limpieza a quienes el jesuita Juan Bautista Arrén, ex rector de la UCA en 1976 y uno de los grandes educadores que ha tenido el país, bautizó como “los Goyitos” en honor al jefe del departamento de limpieza, Gregorio Cerna, pequeño de estatura como el entrevistado. “Creo que el padre no me conocía por mi nombre”, dice sonriendo.

El único que queda activo de ese círculo de trabajadores es un hermano de Genaro, Donald. Ellos compartieron la visión jesuita de la educación y conocieron la personalidad de los sacerdotes que pasaron por las aulas, entre ellos el padre Manuel Otaño, Álvaro Argüello, con quienes departieron en ocasiones en la residencia. Mejía Olivares sonríe. Se ha subido al carrusel de sus recuerdos. Carga en el bolsillo de su camisa a cuadros una fotografía en blanco y negro (tenía en ella 34 años), y un boletín informativo escrito en la UCA en 1984, realizado por el colectivo El Enlace, en que destacan su esfuerzo como responsable de comunicación—telefonista— uno de los puestos que ocupó en su larga



vida laboral en la institución.

“Genaro goza de gran aprecio entre quienes lo conocen y de quienes se benefician de su eficiente servicio a través del auricular”, dice el artículo de entonces. Junto al texto, hay una caricatura del hombre atendiendo llamadas telefónicas en un cuarto donde destaca la leyenda el “Tumbao”. Ése es su otro sobrenombre y es autoría de Fernando Martínez, ex trabajador de la UCA y actual ministro de Transporte e Infraestructura (MTI). Los recuerdos que ha convocado, durante esta conversación, llevan su memoria al terremoto que destruyó Managua el 23 de diciembre de



1972, el peor de los desastres que ha vivido el país, un sismo de 6.2 en la escala de Richter que destruyó el centro de la ciudad y provocó diez mil muertos.

“Los edificios quedaron desbaratados, el personal de limpieza nos dijeron que teníamos que apoyar a la vigilancia en resguardo de bienes y eso hicimos en el 72. Pasamos huracanes (también). La UCA fue de bastante utilidad en tiempos de huracanes porque estaba aquí el ingeniero Fabián Zarrabe (sacerdote jesuita) tenía la radioaficionada más potente de Nicaragua. Todos los

radioaficionados del país vinieron a apoyarlo a él a la UCA. Aquí (la gente) venía a comunicarse con sus familiares. Llamaban del exterior para saber cómo estaban”. Mejía Olivares destaca el papel de la universidad, su vínculo con la realidad nacional y la calidad de profesionales que han egresado, “los mejores cuadros del país. Esta universidad tiene prestigio”.

El matrimonio con doña Sonia En cuestiones de amores tiene que contar. Si bien no lo encontró en la UCA, este personaje contrajo matrimonio después de pedirle que lo casara un sacerdote de esta

comunidad. Un día en los años ochenta del siglo pasado visitó al padre Carlos Caballero (q.e.p.d.) y le contó de sus intenciones de contraer nupcias con doña Sonia Rivas. “¿Ya te decidiste a casarte? ¿Ya lo pensaste bien? Solo me decís la fecha”, le dijo Caballero.

La boda fue en 1981. A su esposa la conocía desde muy joven. Amigos y enamorados, tienen dos hijas, Maybeline y Eveling. La familia vive en la comunidad La Joya, en carretera a Masaya. Tienen un negocio familiar: una pequeña pulpería con la que se ganan la vida y una buena razón para matar el aburrimiento, porque le han encargado abastecerla y él sale frecuentemente de compras al Mercado Oriental o el Roberto Huembes, dos de los más conocidos en Managua.

La esposa muchas veces le dice que descanse cuando lo ve limpiando el patio. Genaro no claudica y sigue con igual entusiasmo. Su rutina es simple: viaja temprano para pasar dejando a una de sus hijas en el Banco Central. Seis o siete minutos lo separan entonces de la Universidad, aunque la distancia para él no supone un problema. Hace parte de su memoria llena de detalles imborrables.

* Docente Departamento Ciencias de la Comunicación.

